

Sinibaldo y Sinibaldín

FRANCESC-MARC ÁLVARO

Sinibaldín es el hijo único de Sinibaldo. En casa, la criatura manda mucho, aunque sólo tiene trece años. De hecho, Sinibaldín se ha convertido en un remedo de lo que otrora se denominaba cabeza de familia, pues ni Sinibaldo ni su esposa marcan pautas, dan órdenes o indican límites. La vida familiar se sucede como un circuito azaroso de idas y venidas, y es el capricho de Sinibaldín lo que articula la vida de estas tres personas. Suerte que el niño pasa algunas horas en la escuela y, así, sus padres descansan del pequeño dictador del hogar, escondidos en sus respectivos lugares de trabajo hasta la hora en que deben reunirse con él. Las comidas, el uso del televisor y el ocio han caído bajo la tiranía de Sinibaldín, además de todo lo que se tercie. Lo más extraordinario es que Sinibaldo y su mujer consideran normal este orden de cosas, porque temen que su pequeño "pueda sufrir un trauma". Le consienten en todo. Sinibaldín no conoce el significado de la palabra *no*.

Sinibaldo asiste a las reuniones de padres del colegio de su hijo y no entiende lo que explican los profesores. No entiende, por ejemplo, que a su hijo se le exija una rutina, una disciplina y una responsabilidad. Y no entiende - ni acepta- que a su hijo se le castigue. Sinibaldo repite que los profesores no son nadie, "unos pringaos". Los padres, con Sinibaldo a la cabeza, mandan mucho en la escuela de Sinibaldín, hasta el punto de haber convertido a los profesionales de la docencia en rehenes de su ignorancia y de su estupidez. Sinibaldo se permite opinar sobre programas y contenidos educativos, sobre horarios, sobre ejercicios y prácticas, sobre normas de funcionamiento y sobre todo "lo que no es bastante bueno para mi hijo". Sinibaldo se enfrenta al director del centro y le corrige en asuntos pedagógicos, económicos y legales. Los profesores sueñan con un colegio nuevo donde los padres ya no participen tanto y no tengan ideas propias, porque, en muchos casos, su aportación es puro bloqueo delirante y un constante pulso contra su autoridad.

Sinibaldín tiene la autoridad en el hogar. Sinibaldo destruye reiteradamente la autoridad de los profesores de Sinibaldín. La ecuación tiene un resultado claro: Sinibaldín, finalmente, no reconoce otra autoridad que su capricho en el aula. Este es el círculo vicioso, la bomba social que ahora ha sacado a la calle a los profesionales de la educación, con razón de sobras para el descontento. El problema no es la escuela, es la familia. Ha emergido una nueva familia zombi que se levanta arrogante contra la escuela, desde el desprecio al saber y a sus transmisores. Si los maestros pierden esta guerra sin cuartel, seremos todos los que perderemos.
